



El profesor ideal

No entiendo qué le ven a ese tipo. ¿Qué tiene él que no tenga yo? Todos en la institución lo aclaman. Incluso podría creer que le tienen cariño. Sus clases siempre están llenas y a veces escucho a los ayudantes de cátedra recomendárselo a los ingresantes, ya que según ellos, demuestra un “genuino” interés en enseñar. Bueno, yo siempre doy decenas de actividades para hacer durante las vacaciones y muchas páginas de bibliografía para que reciten de memoria al volver. ¿Eso no cuenta? Debe haber algo que no esté teniendo en consideración.

¿Es porque cada vez que entra al salón saluda amablemente a todos sus alumnos y les pregunta cómo estuvo su semana? No hay tiempo para eso, la clase debe comenzar sin distracciones. ¿Es porque vuelve a dar sus explicaciones pacientemente cada vez que el alumno lo requiere? Los chicos de ahora tienen la culpa de no entender por no prestar suficiente atención. ¿O acaso es por su puntualidad de reloj suizo? No sabía que se daban medallas por cumplir con tu trabajo.

Puedo llegar a decir que tiene algo de mi respeto porque sé que es alguien culto. Es evidente que es un profesional muy instruido en su materia. Pero hay algo que no entiendo, y es su afán de querer cambiar los métodos de trabajo tradicionales por unos que ahora incluyen esas nuevas tecnologías raras que logran inmiscuirse en nuestras escuelas y universidades. Algunos dirán que es “actualizarse” o adecuarse a la modernidad, pero yo creo firmemente que es abrirle las puertas a una época en la que seremos reemplazados como docentes.

Mis demás colegas también hablan muy bien de él por su impecable organización. Y en eso podemos coincidir. Pero no en



la parte en la que lo alabo, sino en la parte en la que yo también creo que es importante seguir una correcta organización de forma estricta. También observo que hasta le piden sugerencias sobre cómo mejorar su comunicación con los alumnos. Al parecer, ser tolerantes y comprensivos con ellos en caso de que no puedan entregar sus tareas a tiempo será la nueva tendencia en la institución. Y ni hablar de tener que recordarles clase por clase cuáles serán las actividades que se verán. ¡Ah, ya lo veo venir! No se dan cuenta de que existe un calendario académico al que pueden apegarse para revisar desde el inicio de clases.

Ahora que recuerdo, una vez tuve compartir mesa de examen con él para calificar a los estudiantes, y cuando finalizó la jornada, me dijo que estaba siendo un poco "riguroso" con ellos, además de que no hacía falta levantar la voz cada vez que cometían un error. ¿Qué quiso decir con eso? Era mi deber hacerlo. No es mi culpa que no hayan venido lo suficientemente preparados. Durante la semana siguiente siguió atormentándome con sus lecciones moralistas sobre cómo debemos comportarnos en el aula. Según él se debe ser sumamente respetuoso con los estudiantes y estar abierto a nuevas ideas y sugerencias. Así como incluir temáticas familiarizadas a sus entornos en los ejemplos de las explicaciones para lograr una pronta comprensión. ¿Cómo puede llegar a pensar que necesito cambiar alguna actitud como docente? Me trató como si fuese un niño, y yo estoy lejos de serlo. Soy una autoridad, y es a mí a quien deben escuchar y respetar. Pero, así como soy una autoridad, también soy un adulto, así que quizás deba darle el beneficio de la duda y preguntarme aunque sea por un momento si hay algo de lo que me dice que sea verdad. Si mis colegas, a quien respeto tanto, también lo respetan y hasta



piden consejos, entonces puede que haya algo que... Ah, no, ¿en qué estoy pensando? Están todos equivocados.

Cátedra: *Lectura, escritura y oralidad*, del Profesorado de Inglés, turno mañana.

Autor: Franco Joel Vilte



De perfumes y palabras

Cuando los alumnos egresan de la secundaria y dan el valiente paso de adentrarse en el mundo de la educación superior, llegan a la institución con grandes expectativas.

Infaliblemente, al acercarse a su primera clase lo hacen emanando una sustancia aromática compuesta de ilusiones, temores y respeto. El porcentaje de los ingredientes varía en cada alumno y las notas olfativas captadas por cada profesor dependen de la evolución nasal que haya logrado. El progreso nasal de cada profesional de la enseñanza se debe a que siempre anda metiendo la nariz en lugares que el discípulo ni imagina.

Los estudiantes esperan encontrarse con un educador alto e imponente, alineado y pulcro, afeitado y bien vestido. Consideran indispensable que sea amable y respetuoso, alegre y bienhumorado, dispuesto a cautivar a su audiencia con relatos apasionados y explicaciones tanto risueñas como meticulosas. Sus oyentes precisan que su voz sea clara, que llegue a ellos para despabilarlos y que sus palabras vengan envueltas en una luz esclarecedora y los transporte a la dimensión de “todo lo entendí”.

Ya desde el inicio, tanto los educandos como los educadores, construyen nuevas fragancias. Si la relación es buena, el perfume es agradable, de lo contrario es recomendable usar barbijo.

Muchos tuvieron la suerte de encontrar profesores amables y justos, pero al momento de afrontar la primera evaluación tuvieron fuertes pesadillas que transformaban al educador en un ser extraño. Tal fue el caso del estudiante Fabio Cavanillas, quien -la noche previa al examen- soñó con su profesor de Historia, Eduardo Castillo. El docente apareció en sus sueños con una vocecita envuelta en flautas, débil y lánguida, que salía a través de unos bigotes anchos y exagerados, curvados hacia arriba. Cada vez



que esos bigotes se movían parecían cobrar vida propia y lo hacían en sincronía con los gestos exagerados del profesor. Castillo solo tenía un mensaje que comunicar: Fabio sería reprobado, y lo hizo acompañado de una mirada fría y penetrante, que lanzaba rayos mortales. El alumno logró esquivarlos, pero luego el profesor comenzó a darle golpes con su gran nariz y fue uno de esos golpes el que logró que el joven despertara. Recordó que, en realidad, Castillo olía bien.

Cuando los profesores culminan su carrera y dan el valiente paso de comenzar su vida laboral sembrando ideas e iluminando mentes, llegan a la institución con expectativas desafiantes.

A diferencia de los estudiantes, el compuesto aromático de los educadores está formado por una base de ansiedad, que persiste a lo largo de toda su profesión, independientemente de la experiencia que acumule el docente. También cuentan con un alto índice de ilusión, el cual define el carácter y forma el cuerpo de la fragancia. Como nota de salida se encuentra el pánico, sin embargo, no es una nota muy percibida porque es común a todos los asistentes del aula. Habitualmente, los enseñantes, huelen agradable.

Los docentes esperan encontrarse con aprendices atentos y responsables, astutos y perspicaces, aplicados y participativos, agradecidos y puntuales, adorables y carismáticos, aseados y ordenados. En muchos casos, suelen rogarle a su ángel de la guarda que los ayuden a evitar a los que son abominables, ansiosos, antipáticos y, especialmente, a los altaneros, ya que no suelen aportar notas olfativas placenteras.

En sus inicios, los educadores tienen narices ñatas porque aún no las han usado demasiado. Inevitablemente, a partir de su debut, estas comienzan a crecer incesantemente. También hay muchos docentes que desarrollan sus oídos, son los famosos “docentes Dumbo”. Ambos dones se vuelven indispensables para lograr formar una fragancia única y envolvente.



La peor pesadilla le ocurrió a Julieta Frías, una profesora de Dinámica grupal, que mientras estaba en una reunión académica contó su espeluznante sueño. Se encontraba en el aula y, de pronto, sus alumnos empezaron a transformarse en “frívolos”, sus lapiceras comenzaron a doblarse y no podían escribir, sus voces no llegaban a transmitirse porque el aire también se doblaba, la comunicación no era posible y todo se transformaba en ligero, suave, sin peso alguno. Los cabellos de los estudiantes se despeinaban y en las puntas aparecían signos de interrogación. Desesperada, pudo escapar del sueño y recordar que sus alumnos no son de goma.

En definitiva, el año académico es un desafío abismal y asombroso. En donde educandos y facilitadores adecuan sus expectativas y sus sueños a la abrumadora realidad y buscan sacar el mayor provecho para poder avanzar juntos. Así, cada año, surgen nuevos perfumes que impulsan grandes creaciones académicas.

Cátedra: *Lectura, escritura y oralidad*, del Profesorado de Portugués, turno vespertino.

Autoras: Claudia Ojeda e Inés María Pfister